

LOS CUENTISTAS

Como las flores de Almendro

por el CABALLERO DE LA X

Atendiendo a los repetidos ruegos de mi viejo amigo para que le hiciera una visita y de paso admirase las bellezas de Sevilla, su ciudad natal, saqué la pereza que me la maleta y subí al tren.

VISITO A MI VIEJO AMIGO

Al día siguiente de mi llegada fue mi cuidado primero visitar al amigo que tanto tiempo no viera.

Se llamaba don Pedro del Alamo y era un hombre de vida metódica, sevillano de pura raza, muy aficionado a antigüedades y de noble corazón, nobleza que le hacía ser muy estimado de todos y que todos le audiesen a él con sus cuitas en demanda de consejo.

Vivía don Pedro en una amplia y confortable casa solariega situada en estrecha y pintoresca calleja.

Cuando llegué a ella, una vieja criada me pasó donde estaba mi viejo amigo. Halle a éste en una habitación espiciosa, de techo artesonado y amueblada con el más puro estilo español.

Sentado en un fraileño sillón estaba D. Pedro y al sentirme vino hacia mí afectuoso.

— ¡Ya era hora que hicieras algo por este pobre viejo!

— Tiene usted razón don Pedro pero no siempre se puede lo que se quiere y desea.

Nos sentamos junto a la mesa y mientras me hacía esas mil preguntas que dirigimos amonitonadas al que no vieramos en mucho tiempo, yo no apartaba mi vista de unas florecillas menudas y marchitas, que en unión de una fotografía, estaban sobre la mesa.

— ¿Miras las flores?

— Sí, eso miraba.

— Son las últimas páginas de una historia de amor bastante interesante. Verás...

LA HISTORIA DE UNAS FLORES

Hará unos seis años y por este tiempo vivía aquí Manolo Canizares, un buen muchacho, al que conocí en Tablada, era un entusiasta de los toros y nunca dejó de asistir a ver el ganado.

Tenía unos veinte años, un caudal de ilusiones y una alegría franca y comunicativa y fumos buenos amigos a pesar de la diferencia de edades.

Una tarde de Jueves Santo, Manolo recorrió los Sagrarios, cuando a la puerta de una iglesia vio salir a Conchita Miranda. Iba guapísima la chiquilla la mantilla negra servía de dosel a su cara morena y ponía un misterioso encanto en sus negrismos y rasgados ojos, el sedoso traje realzaba la esbeltez airosa de su cuerpo y las almendras de sus pies iban prisioneras en la gasa de la media y el charolado zapato.

Maravillado quedose Manolo al verla y al cruzar la dijo un pipopo, que ella aceptó risueña, el siguió hablándola hasta que emparejándose entablaron una animada charla y cuando llegaron a la casa de ella, él pidió una cita a la gentil morena, que

le fue concedida tras algunos ruegos para las once de la noche en la florida reja.

A las diez, después de haberse arreglado la corbata veinte veces y cepillado y acicalado otras tantas, estaba Manolo en la calle de Conchita, gastando las aceras en su pasear nervioso e impaciente.

A las once, cuando ya se había fumado el duodécimo pufillo, dado cuatro veces cuerda al reloj y le miraban curiosas las vecinas, Manolo vio terminado su suplicio, se abrió la ventanilla cobijero de sus ansias y se acercó sigiloso.

Cuando daban las doce y ante el temor de ser sorprendida por el padre, se separaban, ya eran novios.

Un día los sorprendió D. Andrés. Apenas entró en su casa llamó a su hija y le dijo que de ningún modo consentiría en tales relaciones. Motivos... el mismo no las sabía.

Conchita defendía su querer y el padre después de decirle que solo se casaría como y cuando él quisiera, la mandó al cortijo de La Fresneda.

Manolo pasó unos días en esperas inútiles ante la reja de la bien Amada, hasta que uno de ellos sobornando a una criada supo el paradero de Conchita.

Fue a verla y ella le entregó esas flores de almendro y la fotografía y quedaron convenidos en que él no volvería para que no sospechara el padre pero que se escribían y que las cartas se las darían a frasquito, el chico del cortijo, cuando fuese por las cosas y encargos a Sevilla.

A pesar de todas las precauciones enterose don Andrés y llevó a su hija desde La Fresneda a una finca que poseía en Jaén.

Manolo indagó todo en vano y fueron inútiles cuantas pesquisas hicimos.

Todas las noches, cuando la luna vertía su plata en la sinuosa calle, y el silencio era turbado por la copla que lloraba una guitarra en el *colmao* de la esquina, Manolo cruzaba la calle y se detenía ante la reja que fue altar de sus amores.

Dió después en encerrarse en su casa y mirando esas flores y el retrato de la amada pasaba la vida.

La melancolía anidó en su alma, huyó para siempre su franca y comunicativa alegría y un día partió sin que supiera para donde, mundo adelante acompañado de su gran dolor solo, sin ilusiones.

¡Murio! ¿Vive? No lo se, no he vuelto a tener noticias suyas. Solo me queda de él estas flores y esta fotografía que me encargó devolviese a ella y ya conoces la historia de estas flores de almendro, que son como las ilusiones, el menor soplo las desprende de la rama y quedan marchitas... muertas...



NOCTURNO

La nena duerme. La nena no sabe de los dolores, de las profundas tristezas, de los amargos sabores.

En la noche—negra cluceca—

La niña duerme en su cuna.

Hay un adagio de brisas

y un *intermezzo* de luna.

Duerme la niña y sonríe.

La madre, a su lado, reza.

El amor juega en la estancia

con la Muerte, que bosteza...

La nena duerme. La nena

no sabe de los dolores.

Las luces de las estrellas

tiene extraños temblores,

La noche, la negra cluceca

cobija en sombras las cosas.

Se han dormido las estrellas

de las aguas temblorosas.

Despierta la blanca niña.

La madre, ansiosa, la besa.

Se despreza la Muerte

sobre el lecho de la huesa.

En la paz serena, de egloga

de las ovejas tranquilas

hay un acorde en balidos

y uno sonata de esquilas.

Y pone al himno vibrante

—motivo de la canción—

un azulado abejorro

su zumbido de bordón.

La niña desea el mar

que, de dormido, está muerto.

¡Qué sabe ella de los barcos que nunca vuelven al puerto! La niña ama el sol y quiere montar en el áureo coche, Jugnete de oro es la ley.

¡Qué sabe ella de la noche!

La Muerte juega a vivirse

y la Vida al fenecer

y la Muerte coquetea,

que al fin y al cabo es mujer.

Y la Muerte canta: «Amor

riquezas, dicha... oropel.

La luna es el clown y el mundo

un inmenso cascabel».

La nena duerme. La nena

no ha visto las flores mustias

ni sabe de la tristezas

ni sufre de las angustias.

Ni la pena la ha clavado

sus agujas diamantinas,

ni el dolor la ha coronado

con su guirnalda de espinas.

Ni en su frente ha aleteado

la ardorosa calentura

ni sus labios han gustado

la leche de la amargura...

La nena duerme. La cera

es mas pálida en su cara.

¡Si para siempre durmiera!

¡Si nunca más despertara!

JUAN JOSÉ ESCRIBANO DE LA TORRE

Criptana.